

AMOR Y FOTOGRAFÍA

El amor no es sino amor de una imagen, de lo que no es. Enamorarse es hacerlo de una artificialidad, de una ficción, de un ser virtual. Las fotografías siempre son objetos virtuales. El amor no puede cambiar el mundo pero, quizá su simulacro sí.

La cámara devuelve la imagen recuerdo-rastro-huella de algo que ocurrió una vez, en un lugar, inmortalizándolo en el tiempo, al perpetuar la experiencia, y en el espacio al generalizarla.

Entre el exhibicionismo y la autocontemplación se encuentra la alteridad producida por el propio medio. Ella estaba allí, pero quizá esto no es un autorretrato.

Frente a la cámara como frente al otro. Un otro que no existe, que es la excusa para verse a uno mismo, para desearse por sentirse deseado, amarse por sentirse amado, es el testigo que reconoce y confirma ese amor. La cámara objetiva como el espectador distante. ¿Pero es acaso neutral esa imagen por el hecho de que aparentemente nada humano tome partido en ese hacer con la cámara? La foto es el soporte en el que verse modificado, como la imagen que el otro nos devuelve de nosotros mismos, como la que nos devuelve cualquier espejo.



El otro es el que permite saborear la soledad sin sentirse solo. El otro ha de estar pero como sombra, como ausencia, como recuerdo. El otro es la excusa imprescindible para que uno —Narciso ansioso que desea aprehender su imagen, una imagen reflejada, irreal, pero sin lugar a dudas la única que tiene— exista, se reconozca en él. Nunca fotografiamos lo que tenemos delante, raramente hacemos el amor con quien lo estamos físicamente haciendo y, en todo caso,

en el proceso siempre hay momentos en los que uno está solo. El otro exista o no físicamente, no existe.

Establecer con la cámara un acto de complicidad, de comunicación, de amor. Ella es el sujeto activo que desde su quietud devuelve la propia imagen transformada. El hombre es quien devora/ama a la cámara que le está fotografiando y en el acto de hacerlo aniquila su propia imagen virtual. No es sólo el cuerpo mostrándose, es un cuerpo

invalidando la posibilidad de la visión. Ir obscureciéndose, desenfocándose, acercándose, seduciendo, amenazando, desapareciendo. ¿Acaso no hace eso mismo la fotografía con respecto a nuestra realidad? Todo el amor es aniquilación o al menos participa de su esencia.

Las fotos están hechas para la cámara que espía al que sabiéndose espiado no quiere dejar de serlo. Lo privado se ha hecho público, pero no por ello es accesible —la imagen de ese otro está ahí pero no se ve claramente y gracias a lo que no se ve, se intuye, se crea, se hace propia, se universaliza—. A su vez lo privado tampoco lo era, no era más que una simple ficción de intimidad. La intimidad es una falacia, nuestro espacio está invadido, nos comportamos como si estuviéramos actuando espontáneamente. La máscara nos ha cambiado la cara, nos hemos adaptado a ella, nuestros rasgos y gestos lo son para ser vistos. El desnudo no existe, un ser se presenta siempre vestido ante otro ser, incluso ante sí mismo. Pensemos en nuestras habitaciones, en nuestros sueños, en nuestros deseos, pensemos en lo que pasaría si todo ello pudiera quedar expuesto, transmitirse...

Jana Leo





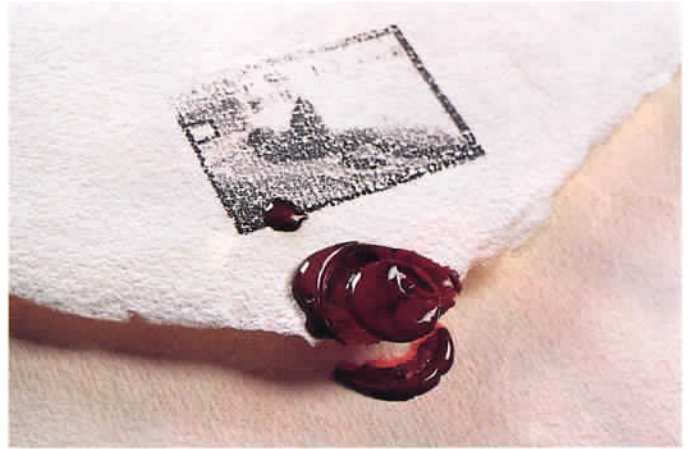
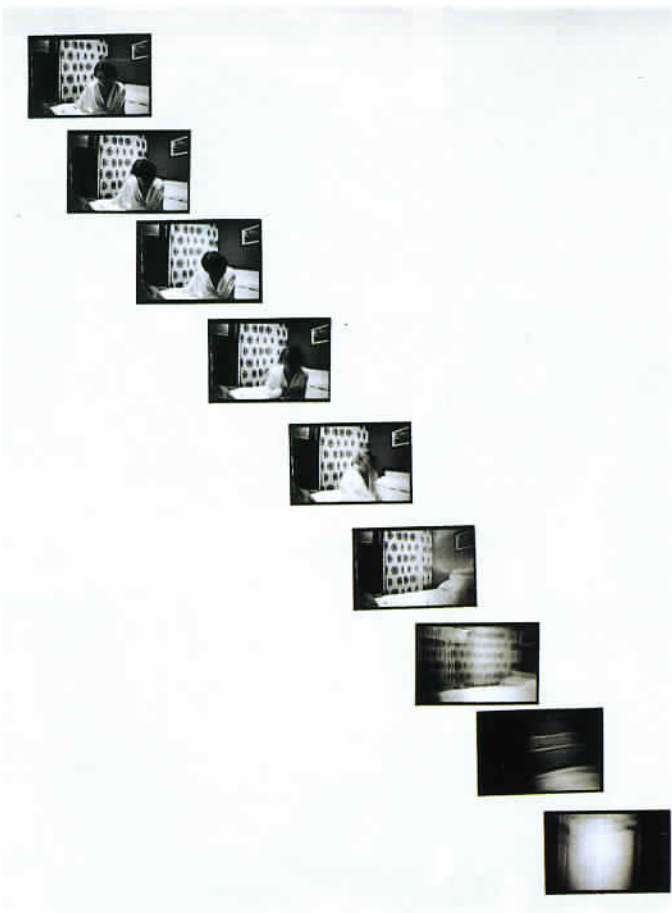


6~29 11









Arriba: Carta fotográfica.

Abajo y a la derecha: Detalles de los sobres, estuches y cartas.

